

‘LA TORRE DEL SILENCIO’: POESÍAS COMPLETAS DE UN HUMANO UNIVERSO INTERIOR

José Juan Yborra Aznar

Ha llegado el tiempo de la totalidad para la obra lírica de Luis Alberto del Castillo. Con la publicación de *La torre del silencio* de manos de la Diputación Provincial de Cádiz ve la luz la *summa poetica* de un escritor algecireño –que no local– con la que se perfila una muy peculiar existencia basada en la recreación literaria de la experiencia vivida.

Resulta siempre reconfortante la edición de la totalidad del corpus poético de un autor, ya que no sólo sirve para sumergirnos como lectores en universos complejos, sino porque ayudan a perfilar las individuales evoluciones en el estilo y en el modo de entender su estética. Sin embargo, ésta no ha sido la opción elegida por Luis Alberto del Castillo. Lejos de esta visión lineal, ha preferido recopilar su obra lírica por encima de criterios meramente cronológicos, ofreciéndonos ésta siguiendo una relación de títulos donde se alternan creaciones pertenecientes a varios estadios temporales, sin por ello anular la visión de un sólido universo creativo.

La recopilación de la obra de Luis A. del Castillo se inicia con una primera parte titulada *Apócrifos del Sur*, que se abre con la inserción de los poemas de un libro bien conocido suyo: *Octaviana de Gades en Baelo Claudia*, fechado en 1990. Se trata de un texto lírico dotado de una vertebrada armazón narrativa desarrollada a lo largo de los 25 *Epigramas Baélicos* y el *Colofón*; en ellos se expresan por boca de la protagonista sus sentimientos en ascensión climática, enmarcándose con textos liminares como son *Al lector* y la *Peroración* final. *Octaviana...* es un poemario de amor inmerso en un mundo de inspiración clásica donde las *descriptios* eróticas (p. 35) van de la mano de páginas de honda inspiración sanjuanista (p. 33). El texto, compuesto por versos de arte mayor libre formando cuartetos sin rima, posee un decidido afán clasicista observable no sólo en los personajes y el escenario, sino en una lengua literaria que quizás se exceda en la utilización de cultismos que en algunos casos enmascaran una expresión poética que alcanza madurez y plenitud en los momentos de expresión más clara (p. 39). Es un poemario de gran unidad donde el paisaje comarcano de Baelo se convierte en ámbito latino donde se desenvuelve una pasión ascendente que alcanza dotes de intemporalidad y de universalidad, patentes sobre todo en composiciones breves donde las elipsis crean un atractivo ámbito de sugerencias poéticas (p. 39) que vienen a expresar el desencanto del hombre en el mundo al recordar un pasado feliz irremisiblemente perdido.

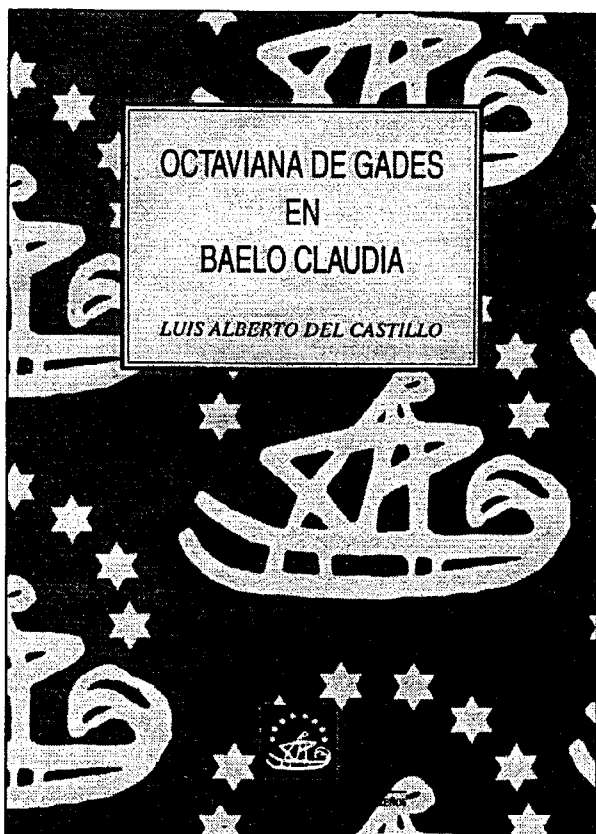
Letras

El segundo título que se inserta en esta obra es *Rubayyat desde la otra orilla*, que data de 1991. Se trata de 23 composiciones formadas por estrofas de cuatro versos sin rima y cuantificación irregular. Se observa en todas ellas un eje argumental bien sólido, articulándose en un nuevo poema de estructura decididamente narrativa que se incardina en el tópico de la contemplación de España desde el destierro norteafricano. Sin embargo, lejos de denuncias que lo aproximen a la estética de Goytisolo, esta *Rubayyat* posee una inspiración más próxima, no lejos de una temática andalusí. Luis Alberto del Castillo sigue utilizando los cultismos, aunque ahora se enriquezca el texto con la inserción de neologismos, algunos de innegable validez estética y próximos a la poética juanramoniana (p. 50), bien quistos en la lengua literaria del autor. Con todo ello se expresa una sugerente superación del tiempo convencional insistiéndose en una atemporalidad globalizadora que se incardina en un espacio como Tánger, tan real como la anterior Baelo. También como en *Octaviana*, en *Rubayyat* se observa un lamento elegíaco por un pasado irremisiblemente perdido.

Más próximo a nuestros días es el tercer poemario: *El Tarot genovés*, fechado en 1995. Es éste un título donde se observa de nuevo una muy decidida voluntad narrativa, al contar la historia del apócrifo Gabriel B., un personaje algecireño del siglo XIX que sirve para que Luis Alberto del Castillo escriba un peculiar “poema histórico” donde las referencias a la Algeciras decimonónica llenas de una poliédrica mezcla de cultismos y localismos suplanten el propio conflicto humano del protagonista, que se perfila como otro perdedor y desterrado (p. 62) que rememora el tiempo pasado como momento de plenitud amorosa desde un ahora marcado por un hado fatal de inspiración romántica.

Una gran unidad de intención y de estilo posee el cuarto poemario: *Bitácora de sueños*, compuesto –según consta en los prolegómenos– en el período que va del mes de enero al de abril de 1991. Precisamente esta especificación puede ayudar a comprender uno de los aspectos más destacados del libro, como es su inspiración en la más inmediata coetaneidad, que aquí se refiere a la conocida como Guerra del Golfo, desarrollada por aquel entonces. Mediante el versículo libre y algún que otro soneto y con un lenguaje con una decidida voluntad culta avalada por destacables neologismos (p. 65), el autor nos propone ahora un “poemario de viaje”. El conjunto de las composiciones vienen a expresar un viaje iniciático hacia el este donde el poeta –al hilo de una tradición que se remonta a la *Odisea*– busca a través del Mediterráneo un Vellochino que se convierte en símbolo de lo inalcanzable, del deseo que escamotea constantemente la realidad. Esta realidad surge de forma atroz con condenatorias referencias a los bombardeos norteamericanos a Bagdad y Basora, convirtiéndose el libro no sólo en un alegato contra la guerra, sino en un repudio de los métodos empleados por el hombre en un presente sin futuro, manteniéndose el mito del tiempo aniquilador incluso para los mitos positivos del hombre actual (p. 70). Con una lengua más contenida, se observa una decidida presencia del lenguaje de la mística del quinientos, así como de las imágenes de la literatura árabe llenas de sensorialidad descriptiva. Los débitos literarios toman cuerpo con los nombres de Ezra Pound, (p. 66), Walt Whitman (p. 67), Juan Ramón Jiménez (p. 72) o Machado (p. 78), configurándose como nuevos héroes de un pasado inmediato que las bombas y la estupidez humana amenazan con arrasar. De nuevo el amor y el hombre destruidos por el hombre.

La segunda parte de estas obras completas lleva por título *Yerbarena*, título a su vez del libro que fecha en 1977. Mediante un versículo libre de metro bien irregular, el autor nos presenta ahora un ilimitado poemario de amor, escrito desde la primera persona a una segunda que coincide con la figura femenina que da nombre al texto. Con una lengua literaria más libre de cultismos, Luis Alberto del Castillo construye una estética preñada de elementos telúricos, plena de sustantivos primitivos (p. 92), con sugerentes metaforizaciones (p. 96) y plagada de símbolos (p. 103) que otorgan un nuevo significado a un texto tan esencialista, profundizando en el subconsciente colectivo y en parámetros bien asentados en nuestra cultura. Con esta expresión el autor plantea una reflexión bien interesante: la dicotomía entre la vida y la creación literaria (p. 105), entre la realidad y la imaginación. En esta dualidad el autor se inclina decididamente por el segundo polo, el de la imaginación artística que revive una pasión amorosa recreada por la literatura en versos que se nos antojan de una gran hondura en su sencillez:



Portada de la edición que hizo de *Ocataviana de Gades en Baelo Claudia* el Instituto de Estudios Campogibraltares en 1993.



La obra poética completa del autor, editada en el presente año por la Diputación Provincial de Cádiz.

(...) Dormir ahora es no tenerte,
 es cercar el pensamiento de tu risa
 con la valla alta e impenetrable
 del olvido nocturno.
 Es fugarme a una región insólita
 donde no está tu rostro,
 una fría esfera carente de tus besos
 negro no ser sin tu presencia.
 ¡Nunca, siempre en vigilia
 mis lágrimas y tu recuerdo! (p. 102)

La tercera parte del libro no posee la homogeneidad de las dos anteriores, ya que recoge poemas escritos a lo largo de veintiocho años, desde 1967 hasta 1995 y está compuesta por nueve títulos. El primero de ellos, *Cristales de tiempo y amor*, se configura como una poetización de la historia de forma personal. Con el habitual versículo libre, Luis Alberto del Castillo utiliza una lengua que, lejos de toda afectación, emplea popularismos como adecuadas formas expresivas. Con unos influjos literarios que se inspiran en la estética de Miguel Hernández, el autor escribe una poesía donde es considerada la vida cotidiana

Letras

como materia de inspiración poética y donde el erotismo convive con la referencia a casos muy concretos de la historia de la España de la transición, como la matanza de Atocha (p. 122). Esta inspiración en la realidad tiene en algunas ocasiones una lectura decididamente testimonial (p. 129), en textos que sugieren aquellos ya lejanos pero aún presentes *Hijos de la ira* de Dámaso Alonso, cuya mujer con alcuza se prolonga en la anciana consumida de Luis Alberto del Castillo, en quien ejemplifica la falta de confianza en el ser humano actual.

En *Candela y viento*, el segundo poemario de esta tercera parte, perfila de nuevo con versículo libre sus temas tópicos del amor y del transcurso temporal. Muy hondo resulta ser el tercer libro, *Ausencia, tiempo inexorable*. Aquí, con la constante presencia de Machado (p. 149), Luis Alberto del Castillo vuelve a considerar la vida como materia de la creación poética, aunque ahora la existencia muestra su faceta más amarga, ya que es la muerte del amigo Juan Manuel Peña la que desencadena una sentida elegía donde la inspiración hernandiana despierta atrevidas imágenes y metáforas plagadas de un muy literario futurismo a la par que recreaciones proustianas. El cuarto libro posee el extenso título de *Aquellos días en los que un anciano, noble y de porte a lo Gregory Peck, amó y fue amado por una jovencita quinceañera*. En él, utilizando de nuevo el usual versículo libre, el autor compone un poemario de amor donde más que la presencia de Nabokov resulta latente su constante influjo machadiano, vertebrado ahora en los poemas a Guiomar y el de Neruda (p. 167).

Los tres libros siguientes: *Lorelai, Ritual de sigilos* y *Ninfeas* poseen en común su estructuración formal del versículo libre y su temática amorosa, estando ésta en relación con la separación en el segundo y con el erotismo de *Lolita* el tercero. La octava entrega está conformada por *Último cuento*, donde en estrofas de veinte pentasílabos se realiza una completa *enumeratio* de héroes infantiles que se aplican a la más estricta coetaneidad. El libro que cierra esta tercera parte es el conformado por los *Ocho poemas de dicterio y maldición*; en ellos, con el cauce del versículo libre, el poeta reflexiona sobre el olvido, la hipocresía, el asesinato, la calumnia, el engaño, la adulación, el oportunismo y la mercadería como los vicios más destacados de nuestro tiempo inspirados en la realidad cotidiana de un presente que se encuentra determinado por ellos.

La cuarta y última parte lleva por título *Tierra sin tiempo* y se compone de ocho títulos. El primero de ellos es *El peregrino de fuego* y no lleva fecha de ejecución. Posee una estructuración muy definida compuesta por una introducción y dos partes. En aquella se plantean los orígenes literarios y ficticios del texto, entrando de lleno en una metaliteratura que, teniendo sus orígenes en el *Quijote* cervantino desemboca en el ámbito del cómic, tan querido para el autor. La primera parte, titulada *La abominación*, plantea con el habitual versículo libre temas ya tópicos en la poética de Del Castillo, como el erotismo y un telurismo de fondo (p. 209) que acompaña de símbolos negativos (p. 207), y es que la conclusión a la que se llega es a la aniquilación más absoluta (p. 210) que toma cuerpo con el alejamiento progresivo del hombre por la cultura y la ciencia como signo de modernidad (p. 211). La segunda parte, *Ocaso y esperanza* plantea de forma hiperbólica la apocalipsis telúrica de la existencia. Las lecturas machadianas están presentes en las reflexiones que realiza el poeta sobre el tiempo (p. 221). En la línea del poeta sevillano, Luis del Castillo actualiza sus planteamientos mostrando una esperanza final: su confianza en las culturas marginales (p. 234).

El segundo libro de esta última cuarta parte lleva por título *La Última Casa de los Hombres* y fecha su composición en la década que transcurre de 1975 a 1985. Posee a su vez cuatro partes: en la primera se expresa de forma hiperbólica la desesperanza y la constatación del tópico del *homo lupus homini* (p. 252); en la segunda, mediante los versículos libres y marcadas rimas internas expresa la destrucción y el choque antitético entre un ayer que responde al mito de la Edad Dorada y un presente gris y prosaico; en la tercera se manifiesta una patente denuncia social ante la evidente anulación de lo individual, lo que lleva consigo la rebeldía ante el destino. El libro se cierra con *La torre del silencio*, donde el autor reflexiona sobre su particular Olimpo literario, donde sitúa a escritores que son auténticos mentores de su estética, como San Juan, García Márquez, Cervantes o Machado. Esta literatura es la que daba antaño sentido a la vida, con lo que se establece de nuevo un

contraste entre el pasado y el presente despojado de sensibilidad artística, instituyéndose esta interpretación como clave en la del sintagma que da título a estas poesías completas de nuestro autor.

El tercer libro de esta cuarta parte es el titulado *Piedras Bárbaras*, fechado en 1991. Se configura éste de forma excepcional como un libro de sonetos, pero se trata de sonetos que en poco se ciñen a la norma clásica, ya que se encuentran abiertos a continuas innovaciones formales. Posee el poemario una gran riqueza temática que confirma la estética del autor: así, el erotismo tratado de forma telúrica, hiperbólica (p. 278) y literaria (p. 295); la guerra como destrucción (p. 293); el valor de la imaginación (p. 301) o reflexiones sobre la poesía donde se condena a la par la poesía de denuncia que sigue dictámenes políticos y la poesía pura (p. 306), defendiéndose la lírica como expresión de lo inefable con sugerentes ecos sanjuanistas y borgianos (p. 307).

El cuarto libro, titulado *Lamento de los hermanos amantes* está fechado en 1991 y mediante tercetos encadenados insiste en el tópico del pasado áureo frente al presente anodino. Más anecdótica resulta la quinta entrega, *La muerte del Rey* (1992), donde entra a formar parte de la poética una estética medievalizante, mientras que en la sexta, *Las veladas de la Atlántida* (1992) se insiste en la temática amorosa. La penúltima entrega, *Los Pórticos del silencio* (1993) vuelve a plantear mediante versículos libres el conflicto entre pasado/presente, época que se convierte en despreciable como lo muestran largas *enumeratios* que desembocan en la constatación de la soledad. Destaca igualmente en el poemario la poetización de los pequeños hechos, la intrahistoria que sirve para evocar una infancia que tiene mucho de autobiográfica. Ésta se inscribe en el pasado áureo constantemente añorado por el autor que en el ahora plantea la fuga decadentista del venecianismo al uso (p. 345) como huida ante un presente que alcanza los más negros presagios barruntados a lo largo de toda su trayectoria poética:

El poeta se aterroriza.
Su corazón débil no resiste.
El miedo, fármaco fuerte, le retorna a su época,
fin de milenio, ruido de cadenas y larga noche oscura. (p. 362)

Con la última entrega, *Crepúsculo en Tartessos* (1994), Luis Alberto del Castillo pone voluntariamente fin a su obra poética en unos peculiares poemas de su consumación. Sus temas tópicos: el amor, el erotismo, el mundo clásico, el pasado, la literatura... todo lo que da sentido a su obra como poeta deja de ser en el estadio final de la creación.

El autor, en este complejo universo que componen sus poesías completas, plantea sus propios conflictos humanos y existenciales que otorgan unidad y sentido a su estética. La falta de confianza en la especie humana se va perfilando progresivamente en la degradación que ésta sufre desde un pasado clásico, mítico y áureo que termina desembocando en un presente marcado por la desolación más absoluta. En este ámbito el poeta cree en hechos e ideales que actúan de sostén de su ética: el amor erótico, la amistad, la experiencia vivida y la creación poética. Su propia lengua literaria dará forma a estos ideales y ansias constantemente amenazados: los cultismos enmascaradores de la realidad hostil; los símbolos que otorgan nuevas interpretaciones de las palabras; las lecturas liberalizadoras no son sino instrumentos para construir una poética tan personal como la peculiar combinación de versos que conforman sus creaciones. Y eso es lo que hace Luis Alberto del Castillo: crear un mundo artístico a partir de una vida y entender la creación como el más alto ejercicio de libertad, que asume hasta para anularlo, ya que es él, el creador, el que decide dar existencia y fin a su obra, cerrándola de forma poética con un aniquilador y clásico suicidio:

“Aquí, en las antiguas aguas, el viejo delfín tartésico muere”. (p. 377).